

## Palabras de un cristiano venezolano a otros cristianos y a gente de buena voluntad

Pedro Trigo

*En unos tiempos en los que en Venezuela predomina la confrontación pura y dura, se impone que todos los miembros de la sociedad que sean capaces tiendan puentes para iluminar la salida a esta situación. En un ambiente en el que nos faltan signos de manipulación religiosa, la propuesta del teólogo que procede de la confrontación entre las raíces más hondas del hombre y la Palabra de Dios es más necesaria que nunca. La propuesta se concreta en todo un camino común a recorrer que comienza con el reconocimiento del otro, avanza hasta el diálogo, se sumerge en la aportación de cada uno y llega hasta el reconocimiento de la hermandad universal.*

### **La primera palabra es el reconocimiento del otro**

El otro es el que no pertenece a los míos: el que piensa distinto, el que vive en otro medio social. Venezuela es un país multiétnico y pluricultural. Objetivamente, eso es una riqueza. Pero para que lo sea para mí en concreto, yo tengo que reconocer a los de las otras culturas y las otras etnias. Si no los reconozco, si sólo reconozco a los míos, tenderé a ver únicamente lo que yo tengo de valioso y de lo que carecen los otros.

A lo largo de la historia la diferencia ha dado lugar muchas

veces a la discriminación. La sociedad venezolana nació como una sociedad de desiguales. Los españoles reconocieron a los indígenas; pero para ellos ser distintos equivalió a ser inferiores. A lo largo de nuestra historia se ha luchado duramente por conseguir el reconocimiento. Éste se logró hasta cierto punto en el siglo XX, no por medios violentos, sino por la universalización del voto y de la educación. Realmente íbamos en la dirección de la convergencia y el encuentro. Por eso la mayoría de la gente se iba situando en el pueblo y las clases medias. Pero desde hace más de veinte años vamos caminando hacia la dirección opuesta: se ha ido abriendo una brecha cada vez más acentuada, no sólo en recursos económicos sino en capacitación y posicionamiento, que son los modos actuales de acceder a los recursos. Hoy esa brecha objetiva se ha vuelto también subjetiva: se ha colmado de prejuicios, de resentimiento, de rechazo, incluso de odio.

Hay un acuerdo en principio de que tenemos que revertir la situación objetiva dando oportunidades consistentes a los que actualmente carecen de ellas. Pero este acuerdo no se llevará a la práctica, si no desmontamos nuestras actitudes sectarias, excluyentes, ne-

gadoras de los que no son de los míos.

Jesús de Nazaret, fiel cumplidor de los mandamientos de Dios, fue sistemáticamente a buscar a los que la sociedad había dejado por imposibles, a los que eran considerados como sin posibilidad de redención y eran despreciados por esa razón. Éstos eran muchísimos. Él no consideró que bastaba con amar a los próximos, a los del entorno de uno. El amor de Dios se mostraba en aproximarse al otro. Para Jesús la voluntad de Dios pasaba por hacerse próximo, que eso significa prójimo, del otro, que por serlo era despreciado. Pero ese reconocimiento de los no reconocidos no le llevó a desconocer a los que excluían.

También aceptó sus invitaciones y fue siempre a sus casas. La razón que daba de su proceder era muy sencilla: su Padre lo había enviado para hacerse hermano de todos, y ser Él así padre de todos. Dios no se resignaba a la aceptación de un grupo, porque Él es el padre de todos y quiere que sus hijos se reconozcan entre sí como Él reconoce a cada uno como es.

Consecuente con esta actitud de Jesús, dirá la primera carta de Juan que, si uno borra al otro de su corazón, es un asesino y el

amor de Dios ya no habita en él. En efecto los otros son, como lo soy yo y los míos, hijos del que llamamos por eso Padre Nuestro. Nuestro quiere decir de ellos y de nosotros. Si nosotros arrancamos a los otros de nuestro corazón, negamos al Espíritu de hermanos y por tanto renegamos de Dios Padre.

Reconocer a los otros implica hacerles un lugar en el país y para eso encogernos nosotros. Los nuestros no poseen el país en exclusiva. El país es también de los otros. Y como no nos lo vamos a repartir, porque eso sería desgarrarlo y acabar con él, tenemos que ponernos de acuerdo para ver qué hacemos con él, qué hacemos como un nosotros diferenciado, un nuevo nosotros en el que quepamos nosotros y los otros.

Para que sea posible caminar hacia esos sentimientos y esa mentalidad, tenemos que cortar con todo lo que nos alimenta el sectarismo, el reconcomio, la demonización de los otros. Tenemos que cerrar el corazón a tanto ruido, tenemos que hacer silencio para empezar a escuchar la realidad, que es más grande que un partido, que una ideología, que una clase social, que un grupo, sea éste el de los nuestros o el de los otros.

**La segunda palabra es: «elige la palabra y no la guerra»**

Tenemos abiertos los dos caminos. Son dos caminos opuestos, contradictorios.

---

*entender y entenderse, ése es el objetivo complejo del diálogo cuando existen diferencias*

---

Los que tienen palabras, es decir datos, razones, motivos, sentires, y reconocen a los otros como seres razonables como ellos, es decir capaces de hacerse cargo de lo que se les dice y también con datos, ideas y motivos propios, éstos se ponen a hablar. Se cuidan mucho de no herir, de no provocar. Por el contrario procuran que nada sea obstáculo para que hablen los datos y las razones. Tratan de hacer un espacio propicio para entender los temas que se discuten y para entenderse quienes discuten. Entender y entenderse, ése es el objetivo complejo del diálogo cuando existen diferencias. Por eso, la aceptación del otro, de la otra persona y del otro grupo, pasa por el uso de la palabra como puente tendido. Porque hablando se entiende la gente. Lo propio y distintivo de las perso-

nas es hablar y convencer, no luchar y vencer. La victoria en base sólo a la fuerza bruta es siempre una derrota de la condición humana. Lo humano es llegar a componer las razones de unos y de otros hasta lograr una visión y unas propuestas más complejas, más reales, más satisfactorias que las que traía cada una de las partes. Cuatro ojos ven más que dos, porque cada perspectiva es limitada; tiene su parte de verdad, no toda la verdad. La verdad se va logrando al componerse las perspectivas, las necesidades, los intereses, las capacidades y las disponibilidades de cada grupo.

Para los cristianos, en el principio está la Palabra. La realidad no es caótica; está creada mediante *el Logos*, es por tanto lógica, tiene sentido. Y Dios creó al ser humano creador, para que la historia humana fuera también, no hechos brutos y menos aún brutales, sino una historia cada vez más razonable, con más sentido, más humana. La historia, en el designio de Dios, es el paso de la imposición de unos a la composición de unos y otros, del vencer al convencer, de la guerra a la negociación y a acuerdos cada vez más justos y solidarios.

Jesús es la Palabra de Dios hecha carne, hecha historia. Por eso, no

se dedicó a dar consignas y órdenes. Proponía parábolas sacadas de la vida para que cada quien le echara cabeza y decidiera. Él no usó la palabra para encantar y seducir, para masificar. Por el contrario, dio que pensar. No sustituyó a nadie sino que estimuló la capacidad de razonar y decidir de cada uno. Decía: «¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que es conveniente hacer?» Él apeló siempre al plan de vida de cada uno. Por eso decía: «Si alguno quiere...», «El que quiera...» Él proponía horizontes de plenitud, que en eso consiste el designio de Dios para la humanidad. Y luego indicaba los caminos que conducen hacia allá y se brindaba a ayudar en el camino.

Por eso, pudo decir al representante del imperio que él ciertamente era rey, pero no a la manera de los reyes de este mundo, que gobiernan por las buenas o por las malas, que promulgan leyes y emplean la policía y hasta el ejército con quienes no las acatan. Él no tiene policía ni ejército. No los necesita. Él es el Testigo de la Verdad. El que está por la Verdad, oye su voz y lo sigue. Él sólo tiene seguidores voluntarios. Sólo usa la palabra porque Él es la Palabra de Dios.

Mientras la historia sea historia,

las sociedades no podrán prescindir de la fuerza al servicio de la ley. Pero el grado de humanidad de una sociedad se mide por la proporción entre el uso de la palabra cargada de peso y razón, y el uso de la fuerza. Si lo que predomina es la palabra y la fuerza es residual, esa sociedad es muy humana; pero si la fuerza lleva la voz cantante, hasta el punto de que hasta la palabra es arma arrojada y no puente tendido, esa sociedad va muy mal, no puede seguir así porque está deshumanizada.

---

*el grado de humanidad de una sociedad se mide por la proporción entre el uso de la palabra cargada de peso y razón, y el uso de la fuerza*

---

Desgraciadamente hoy en nuestro país predomina la fuerza y está ahogada la palabra. Tenemos que empezar a rescatarla en la vida cotidiana: en la familia, entre los amigos, en el trabajo. Tenemos que cuidar la palabra como algo sagrado, pues lo es. Tenemos que cultivar el arte de entretejer palabras para lograr palabras compartidas que ya no sean más mías o tuyas sino de nosotros. Desde esa costumbre de ser personas de pa-

labra, podremos emplearla para discutir nuestras diferencias políticas.

Tenemos que decir, a los que hoy emplean la palabra como arma, que no se olviden de su alma, que no se deshumanicen, que no se castren. Que aún es tiempo.

**La tercera palabra tiene forma de pregunta: «tú ¿qué estás dispuesto a dar?»**

Esta pregunta se contrapone a esta otra: «¿Cuánto hay para eso?» Esta pregunta es la de la Venezuela rentista. El presupuesto es que en el país hay dinero, que el dinero es de todos, lo que se interpreta como de nadie en particular, y que lo administra el Estado. Es un país con derechos y sin deberes. Como no hay deberes, como no hay ningún lazo estructural con el país, como no existen obligaciones, yo no muevo un dedo sin una contraprestación, que además se supone que es ventajosa para uno, que es mucho más de lo que uno aporta.

Esta actitud existe en el país. Y porque es la actitud ambiental, estamos como estamos. Si todos sacan y nadie mete, la caja se vacía. La riqueza de un país no son sus recursos naturales. Es la

capacidad de su gente y el grado de compromiso que tenga con él. En nuestro país existe ciertamente un problema de distribución de riqueza, pero el problema mayor es la producción. Nuestra productividad es muy escasa. Y escasa es también la solidaridad social. Sólo con decir que no se recogen la mitad de los impuestos y que la mayoría de las empresas están morosas con el Seguro Social es suficiente para mostrar que no somos solidarios con el país. El país no le duele a quien no contribuye con él, a quien no le cuesta

---

*los dones de cada quien son  
para enriquecer a los demás;  
y al ponerlos al servicio de  
los demás uno se pone a  
valer*

---

nada. Ése es, sin embargo, el que lo utiliza para sacar el mayor provecho posible.

Frente a esta actitud, tan en boga, nos descubre San Pablo que Jesús decía: «Hay más alegría en dar que en recibir». Y en efecto ésa fue la actitud de Jesús que, «siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza». Jesús, como no tenía cosas para dar, dio de sí: la sabiduría de la vida que había atesorado en una existencia

difícil, su presencia alentadora, sus hechos de liberación. Se dio a sí mismo. Por eso Jesús es el bienaventurado por excelencia, el más feliz de los seres humanos. Y eso que le pagaron mal por bien. Pero aun en la tortura fue capaz de vencer al mal a fuerza de bien. Y por eso su existencia es tan fecunda que dos mil años después nos sigue dando vida.

Tenemos que decir con alegría que por lo menos desde los años treinta hasta los setenta del siglo pasado, bastantes venezolanos de la burguesía y el pueblo sí respondían a la pregunta de qué estás dispuesto a dar tú, poniendo lo mejor de sus capacidades para la modernización del país. Y así, más aún que por el petróleo, se logró una mejora sustancial en salud, educación, equipamiento de todo tipo, instituciones públicas y privadas, democracia y paz.

Es mentira que los venezolanos sólo sepamos preguntar «cuánto hay para eso». Venezuela fue grande, que lo fue, porque muchos venezolanos se sacrificaron por ello. Y ese sacrificio los hizo a ellos felices y volvió fecundas sus vidas. Tenemos que volver a encontrar ese camino. No es verdad que el egoísmo de cada uno produce el bien común. Los mejores venezolanos fueron grandes por-

que supieron satisfacer sus intereses y aspiraciones dentro del interés público, porque se capacitaron y ejercitaron sus talentos al máximo en empresas realmente trascendentes.

Aquí viene a cuento la parábola de los talentos. Dios nos ha dado a cada quien talentos específicos para que los pongamos a producir. No hay nadie quien no los tenga. En la parábola quien, por miedo al riesgo, no pone a producir los talentos es condenado, es decir, se nos notifica que su existencia fue estéril. Y el rey manda que se entreguen los talentos a quien más había producido con ellos. «Porque al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene». ¿Qué significa esta sentencia de Jesús, que suena tan bien en este mundo capitalista?

Es la parábola de la productividad cristiana. Se traduce así: al que produce con los dones que Dios le da, Él le dará más y más; pero al que no los pone a producir Él le quitará lo que le dio. ¿Por qué? Cada uno es canal de los dones de Dios para que por medio de él lleguen a los demás. Si el canal es expedito, al ver Dios que por medio de esa persona se enriquecen muchas otras, le sigue dando cada vez más, porque lo

que él quiere es que se enriquezcan sus hijos. Pero si un canal está tapado, si una persona no enriquece a nadie, ese canal no le sirve a Dios y por eso busca otro para que sus dones lleguen a sus destinatarios. Así pues, los dones de cada quien son para enriquecer a los demás; y al ponerlos al servicio de los demás uno se pone a valer. Ése es el designio de Dios: enriquecer a cada uno mediante los demás para que de ese modo nos hermanemos mutuamente.

De verdad, amigo, dar así es el único modo de enriquecernos, de humanizarnos, de conseguir la verdadera alegría. Todavía nuestro país es vivible a pesar de todo, porque muchas y muchos siguen dando de sí, aunque ya no sea una actitud de moda. Éste es el ambiente que tenemos que revertir.

### **La cuarta palabra es que los cristianos somos hermanos de todos los seres humanos**

El hacerse hermano de todos es tan fundamental para un cristiano que decide si esa persona es cristiana o no. El que niega la fraternidad no acepta el Espíritu Santo, es decir que rechaza ser hijo de Dios.

Jesús, como era el Hijo de Dios, se

tomó tan en serio el ser hermano de todos que, como en su tiempo la familia era una estructura cerrada, es decir como el individuo vivía en la familia y para la familia, él tuvo que romper con su familia para fundar la familia de las hijas y los hijos de Dios. Hay que decir que parte de su familia no entendió esa actitud de Jesús, aunque otra parte sí aceptó su propuesta y entró en ese camino,

---

*no puedo tratar igual a un  
enemigo que es ante todo  
hermano que a otro que  
fuera sólo enemigo*

---

y así a su madre, vuelta discípula suya, le encargó que fuera la madre de todos los discípulos. Hay que hacer notar que en la familia de Jesús, la de las hijas e hijos de Dios, no hay padres, y que el único padre es el Padre de Jesús y todos los demás somos hermanas y hermanos. Es una protesta contra el patriarcalismo de su tiempo, que todavía perdura de diversos modos.

¿qué significa para un cristiano ser hermano de todos los seres humanos? Es una actitud que tiene que abarcarlo todo, que no admite ninguna excepción, que nodula cada relación. No es que

un cristiano, como es hermano de todos, no pueda tener otras relaciones. Es que el ser hermano tiene que penetrar en cada una de esas relaciones transformándolas desde dentro.

En esta situación nuestra, dos relaciones son especialmente difíciles y relevantes para el país y liberadoras para los individuos. Son las relaciones de hermano-partidario y de hermano-enemigo. Ambas tienen que modificarse a la vez para que revierta nuestra situación.

Si yo no soy simplemente uno de los nuestros, un miembro de la coalición, del partido, del movimiento, de mi clase social, de mi grupo de referencia y pertenencia, sino que soy un miembro de esos conjuntos como hermano en Cristo, no me puedo contentar con comportarme como se supone que debe hacerlo quien sigue las pautas del grupo. Si quiero a ese grupo como hermano, es decir como hermano en cuanto ser humano, desde lo que Jesús de Nazaret nos ha revelado que es ser humano, tengo que pasar la ideología del grupo, su estado anímico, sus filias y fobias, sus proyectos por el tamiz de la humanidad, para reafirmar lo que veo humano y corregir lo que no lo es. No se puede ocultar lo incó-

modo de esa relación, tanto para uno mismo como para el grupo. Y sin embargo, si yo quiero al grupo como hermano, no puedo omitirlo, aunque lo haga con todo respeto, mesura y tacto. Yo lo hago por responsabilidad con él, es decir por amor y compromiso con ellos; pero ellos o parte de ellos tal vez no lo interpreten así y me tengan por sospechoso y duden de mi lealtad. Ésta es una cruz realmente salvadora, pero dolorosísima en la coyuntura actual, en la que los grupos piden adhesión incondicional y no pertenencia responsable. Pero es claro que, si los queremos, no podemos ceder a esa propensión.

Como se ve, lo mismo podemos decir de la relación hermano-enemigo. Un enemigo no deja de serlo por ser hermano. Pero es claro que no puedo tratar igual a un enemigo que es ante todo her-

mano que a otro que fuera sólo enemigo. Puedo tener enemigos, como los tuvo Jesús, pero tienen que ser hermanos enemigos. Esto significa que no los puedo dejar por imposibles, que tengo que hacer todo lo que esté de mi parte para que salgan de su error y para reconciliarme con ellos. Significa que, si son hermanos, no está permitida la calumnia ni el escarnio. Significa que los métodos de lucha tienen que estar llenos de respeto. Significa que en ningún momento puedo dejar de rogar a Dios por ellos. ¿No es verdad que es muchísimo lo que tenemos que cambiar para relacionarnos así con nuestros enemigos? ¿Y no es verdad que, si ponemos nuestra mano en el corazón, tenemos que reconocer que, si no hacemos este cambio, el país no tiene remedio? ¿Y no es verdad que sólo así recobremos nuestra humanidad? ■